

● Círculo de Tiza publica, en un volumen hermosamente editado, una selección de artículos de Francisco Umbral publicados entre 1976 y 1999

Fígaro en Cuatro Caminos

EL TIEMPO REVERSIBLE

Francisco Umbral. Prólogo de Antonio Lucas. Círculo de Tiza. Madrid, 2015. 342 páginas. 22 euros

Manuel Gregorio González

Se recogen aquí, hermosamente editados, una porción de artículos de Francisco Umbral publicados entre 1976 y 1999. Quedan fuera, por tanto, aquellas *Crónicas antiparlamentarias* de los primeros 70, así como su columnismo último, del que se da, no obstante, una melancólica muestra en el epílogo. Se trata de un artículo titulado *Santa Transición*, tema inequívocamente umbraliano, escrito dos meses antes de su muerte. Dice el poeta Antonio Lucas en el prólogo que a Umbral no se le perdona. No se le perdona su escritura, su oficio, su "libérrimo magisterio". Pero el problema es, quizá, no tanto esa venganza póstuma contra el maestro, de la que ningún escritor relevante queda libre, sino el modo particular en que ha venido a expresarse.

Para minusvalorar su obra, se ha dicho que Umbral era sólo un buen articulista. Esta verdad parcial, por lo demás tan obvia, oculta sin embargo otra obviedad de naturaleza histórica: el articulismo, junto con el poema en prosa y el relato, es uno de los grandes géneros de la modernidad literaria. Con lo cual, el Umbral articulista, aun sin contar con la novela y el ensayo, viene ya incardinado en una tradición que arranca en los almanaques de Torres Villarroel y adquiere intencionalidad política en Mariano José de Larra. A ese mismo linaje han pertenecido, más recientemente, Julio Camba, Josep Pla y Álvaro Cunqueiro, autores cuya preeminencia literaria no ofrece discusión alguna. También se aduce contra Umbral un exceso



El periodista, poeta, novelista y columnista Francisco Umbral (Madrid, 1932-2007).

de lirismo, cuando la lírica de Umbral, en sus artículos, ha ido siempre en servicio de la intimidad con el lector, y en suma, en servicio de un cronismo de ambición sociológica y pulso periodístico. A esto cabe añadirle las críticas a su estilo: ya sea su prosa brillante (vale decir, decorativa y vacua), ya sea un

coloquialismo conceptualizado como vulgar y fácil. No obstante, ambos aspectos de la obra umbraliana no hacen sino subrayar la versatilidad y la pericia de su escritura, cuya originalidad residió, en buena parte, en ese mutuo desdecirse de lo lírico y lo popular, compensados ambos eficazmente, en una pro-

miscuidad tan diestra como impura que encuentra sus raíces en Quevedo y Valle.

Digamos, pues, que pocos autores del XX han tenido una conciencia del idioma, de sus atajos, de sus automatismos y sus zonas ciegas, tan acusada y fértil como Francisco Umbral. El hecho mismo de que

sus detractores lo acusen de ser literario, en las vertientes aquí insinuadas, no hace sino recordarnos la pereza crítica que nos asiste. El lector que hoy se asome a estos artículos va a encontrar, sobre el tumulto de una España en fuga, la mirada perspicaz y la escritura en llamas de quien se supo, a un tiempo, gerifalte y lacayo del lenguaje. Si Campmany lo llamó el "autodidacto", no es menos cierto que de ese autodidactismo emergió una cultura sólida y un castellano raudito, proliferante, vivo, por el que asoman, en perfecto desorden, Lorca y Neruda y Machado y Borges; por el que asoma Quevedo con su cuchilla de triturar poetas. También asomará Pemán, cuando el artículo devenga ensayo, como asoma González-Ruano cuando su articulismo gira hacia el impudor y la fragilidad del dandy. El Umbral más parecido a Larra, a su reformismo irónico del Ocho-cientos, es aquél que puede hallarse en las *Crónicas antiparlamentarias*, antes citadas. El Umbral más similar a Umbral es, quizá, ése que muere su propia mano y descubre la ridiculez ("la infinita vanidad del Todo", en verso de Leopardi) allí donde se pretendió lo ático y solemne. Se trata, en cualquier caso, de la biografía política de un país. Pero una biografía donde los grandes nombres vienen compensados por la trepidación y el zigzag de las masas.

Debe decirse, por último, que el gran hallazgo de Umbral, a pesar de sus lecturas de Barthes, de Robbe-Grillet, etcétera, es eso mismo que la *nouveau roman* repudió, la profundidad del lenguaje. Si Robbe-Grillet postuló la altiplanicie fría de un idioma sin espesor y sin memoria, en el articulismo de Umbral las palabras tienen, como quería Ortega, una oscura genealogía, un sedimento de siglos, que otorgan su curvatura y su peso a cada término. En Umbral, este combarse del idioma es lo que el lector descubre *prima facie*; un idioma vuelto del revés, que sin embargo se dice, que sin embargo es nuestro.

UNA MUJER EN EL FRENTE

Alaine Polcz. Trad. Éva Cserhádi y Carmina Fenollosa. Periférica. Cáceres, 2015. 240 páginas. 19,50 euros

Ignacio F. Garmendia

La violencia ejercida por las tropas sobre la población civil femenina de los países por los que se desplazaba el frente, en particular a lo largo de la última etapa de la Segunda Guerra Mundial, fue durante años o décadas un tema tabú al que ni los historiadores prestaron la atención debida ni las propias víctimas, que bastante tenían –las que lo lograron– con haber sobrevivido, quisieron dar una

Heroínas de la supervivencia

publicidad que las habría marcado doblemente. Uno de los más tempranos testimonios fue el de la autora alemana, ya fallecida pero todavía hoy anónima, que publicó *Una mujer en Berlín* (Anagrama), estremecedor documento apadrinado en su primera edición (1954) por el popular C. W. Ceram y recuperado décadas más tarde por Hans Magnus Enzensberger, para quien fueron las mujeres, pese a los brutales abusos de que fueron objeto, las que "man-

tuvieron una apariencia de cordura en un entorno de caos".

La definición de Enzensberger, "heroínas de la supervivencia entre las ruinas de la civilización", se adecua como un guante a este otro testimonio que su autora, la húngara Alaine Polcz, sí publicó con su nombre –aunque tuvo que esperar hasta 1991– y tu-

vo el mismo efecto liberador o catártico que la reedición de la obra citada a comienzos del milenio. Cambian las identidades nacionales, pero la realidad –cientos de miles de mujeres violadas y sometidas, a merced de la soldadesca– es la misma, como en la ocupación japonesa de Corea, como en todas las malditas guerras. En el caso de Polcz (1922-2007), escritora y psiquiatra especializada en la atención a niños moribundos y enfermos terminales, fueron tanto los

alemanes como sobre todo los rusos los que convirtieron los meses finales de la contienda en un verdadero infierno, pero la narradora, que muestra un coraje y una lucidez excepcionales, relata también la historia de su primer matrimonio, de acuerdo con un esquema no por repetido menos lamentable: muchacha ingenua se une por amor a un hombre –de letras para más señas– que sólo piensa en sí mismo. El modo sobrio, exento de autocompasión o de patetismo, vincula asimismo los recuerdos de Polcz con los de la anónima berlinesa, mujeres fuertes, vitalistas, valerosas a la hora de afrontar el horror y –otra vez– a la hora de contarlo.

